

Los subrayados de Nina Berberova

Fabienne Bradu

En alguna ocasión, el poeta Vladislav Jodassevitch le aseguró a Nina Berberova: "Nada podrá destruirte, tú no podrás sino morir". El augurio se convierte, a la luz de su autobiografía, *Los subrayados son míos*⁸, en el acertado resumen de una vida accidentada y singularmente estoica. Entereza e integridad redundarían la sentencia de Jodassevitch, su primer compañero en la larga sucesión de exilios reales e íntimos que revive Nina Berberova en sus memorias. La imagen de su fortaleza no se cifra, sin embargo, en la roca, sino en un río que recorre múltiples geografías, adaptándose a los paisajes que atraviesa; un río que en ocasiones se amansa y hasta podría empantanarse si la energía de su caudal no lo hiciera seguir siempre hacia adelante, hacia otras tierras y otras lenguas, acreando, frente a la irremediable cercanía de su desembocadura, la misma y transparente agua de la memoria.

Los subrayados son míos no es sólo otras memorias en el vasto catálogo de la emigración rusa. Es, ante todo, una visión diferente de la historia: heroica, porque se halla desprovista de espíritu épico; conmovedora, porque evita el lirismo sentimental y lacrimoso de la arquetípica alma rusa; concreta y precisa, porque siempre le apuesta más a la vida y a los individuos que a una actitud revanchista en materia de luchas políticas e ideológicas. *Los subrayados son míos* cuenta las vicisitudes de la emigración rusa y explora la condición humana esencial a todo exilio. Buena parte de esta visión necesariamente renovada de la historia se beneficia ahora con la pluma de una escritora resultantemente moderna que, después de Vladimir Nabokov, redime con su obra la aniquilación o el silencio de varias generaciones de escritores rusos.

Nina Berberova nació el 8 de agosto de 1901 en San Petersburgo, en la misma calle Bolchaia Morskaia donde, dos años y cuatro meses antes, había venido al mundo Nabokov. A partir de ahí, sus destinos correrían casi paralelamente, siempre con la ligera ventaja que Nabokov le llevaría, en vida y en obra. El doble origen familiar, ruso y armenio, sumó en la niña Berberova los temperamentos contrastados de sus ramas materna y paterna: la rusa nórdica le inculcó el rigor y el sentimiento de vergüenza, que le despierta indistintamente la estupidez humana o el simple hecho de enseñar los dedos de los pies, y que Jodassevitch definió más tarde como "una hipertrofia del sentido de la responsabilidad"; la mediterránea y armenia, el regocijo en las pasiones violentas, las individualidades fuertes, la singularidad y la energía vital. Su padre, un alto funcionario del ministerio de Finanzas de San Petersburgo, encarnaba la elegancia del antiguo régimen. La revolución le quitó prácticamente todo: su profesión, su casa

y su hija, pero nunca perdió la dignidad de su semblante. Después de quince años de separación, reapareció por última vez ante su hija, en una oscura sala de cine de las periferias obreras de París, hacia 1937. Lo habían contratado en una película de propaganda para hacer el papel de un reaccionario cuyo garbo y genuina elegancia aseguraban la tipicidad del personaje. La última mirada que Nina Berberova cruza con su padre es cuando la cámara enfoca por última vez el rostro del actor, antes de que lo fusilen en el paredón cinematográfico.

La primera obsesión de su infancia fue elegir un oficio, como si se tratara del único remedio posible a la desventaja de haber nacido mujer. Su vocación poética se despertó hacia los diez años, en la forma de otra idea fija: "Soy poeta y lo seguiré siendo; mis amigos también serán poetas; quiero leer y discutir poesía." Junto con las tempranas afirmaciones, aparecieron los no menos precoces y recios rechazos: a los dualismos, tanto de los orígenes familiares como entre el cuerpo y el espíritu: "hace tiempo que ya no me siento dividida en dos mitades distintas sino más bien atravesada como por una sola costura"; a la protección del "nido" familiar: "Pertenezco a esa categoría de personas para quienes la casa natal no es el símbolo de una vida feliz y segura, y que sienten alegría viéndola desaparecer. No tengo 'tumbas ancestrales' ni 'hogar sagrado' para sostenerme en la desesperanza. Nunca he reconocido los lazos de la sangre (...) No pertenezco a ningún partido político ni rindo culto a los dioses o a mis ancestros. Para las gentes de mi especie, lo más difícil es luchar contra fuerzas hostiles que aún no han recibido definición precisa."

El liceo y las amistades adolescentes estuvieron marcados por la promesa de la pronta liberación que aportarían la edad adulta y la revolución rusa. No sin ironía, apunta Berberova que, por haber crecido en Rusia, en una época (1912-1916) en la que se sabía que el viejo mundo y los antiguos principios corrían hacia su perdición, no tuvo que liberarse, durante cincuenta años, de las secuelas de una educación burguesa como Louis Aragon o Jean-Paul Sartre. La revolución rusa se anticipó, para ella, con el descubrimiento de la revolución poética de la generación de Alexandre Blok, André Biely y Anna Ajmatova.

En la primavera de 1915, después de haberla imitado en sus poesías juveniles, Nina Berberova asiste a un recital de Anna Ajmatova, con una emoción equivalente por los versos y la personalidad de la poeta: "Ajmatova llevaba un vestido blanco, con un cuello Marie Stuart a la moda de entonces. Era esbelta, bella, morena y elegante. Rozaba los treinta y se encontraba en la cúspide de la gloria que debía a la novedad de su escritura, a su perfil y a su encanto. Recitaba pausadamente y con ternura, con los brazos cruzados en el pecho: *De él, ya no recibirás más cartas desde la Polonia devastada*. Su voz sería y cantarina cautivaba al auditorio."

⁸ Nina Berberova, *C'est moi qui souligne*, 1989, París, traducción del ruso de Anne y René Missilin, Editorial Actes Sud. Existe una versión al español, publicada por la editorial catalana Circe.

La singularidad de las memorias de Nina Berberova proviene, sin duda, de que pertenece a una generación que vio en la Revolución de 1917 una promesa de liberación individual y social. A pesar de sus orígenes burgueses, Nina Berberova no vivió la Revolución de Octubre como una pérdida de estatus, aunque padeció como casi todos las hambrunas y la falta de intimidad cuando instalaron a su familia en un departamento comunitario de Moscú. La pérdida era de otro orden: la velocidad con la que se desmoronó una época y la incertidumbre de la nueva que la sustituiría, la hundieron en un estado de desolación, de desorientación y de apatía, en medio del cual su único refugio era el cuarto vecino de una prostituta moscovita. Desde muy joven, Nina Berberova se maravillaba con los lazos prácticamente espaciales que el tiempo tejía entre generación y generación: conocer a alguien que, a su vez, hubiese conocido a Nicolás I, la llenaba de una emoción entre eufórica y tranquilizadora; tenía así el sentimiento de estar ligada con la época de Pushkin. Lo que la revolución rusa aniquiló, ya de manera sistemática a partir de 1922, fue este mapa del tiempo.

Una de las imágenes más asombrosas de la revolución que describe Nina Berberova desde la casa de su abuelo en Rostov, es la entrada del Ejército Rojo en el sur del país: "...un regimiento de Budeni pasó delante de la casa de mi abuelo. Uno de los soldados ostentaba una larga bufanda de armiño atada con un broche de diamantes. Los demás llevaban toallas de baño que habían fijado con seguros y que, de lejos, se parecían a la bufanda de piel de su compañero."

La desolación se acentuó con la debacle general de 1920, año en que empieza a castigar el terror y a extenderse, como una plaga de roedores, la decadencia física y anímica de San Petersburgo. Nina Berberova se dedica entonces "al culto del olvido": "Ya no buscaba a la gente que podía hablar conmigo de Brioussov y de Blok, de Trostski y de Martov o también de Scriabin. Acogía al primero que llegaba, buscando en esos encuentros desprovistos de elección o preferencia, un simple olvido, inmediato y sin refinamiento." Era el tipo de encuentros descritos por Bunin en la imagen de dos personas que sólo esperan el momento en que la puerta se cerrará tras ellas, para "arrojarse el uno sobre el otro y agarrarse como animales."

Es probable que, entre todas las ciudades soviéticas, San Petersburgo, ya rebautizada Petrogrado antes de convertirse en Leningrado, haya sido la más tristemente devastada y la que más tiempo conservara la huella de su esplendor pasado, a pesar del empeño del nuevo régimen por llevarla a su ruina. El descalabro de los palacios y de las casas no era únicamente el resultado de la miseria generalizada, sino también de una voluntad de aniquilación indiscriminada que pronto pasaría a atacar, ya no bienes inmuebles, sino la otra faceta del esplendor de San Petersburgo: su *inteligentsia*. Desde una ventana abierta a la perspectiva Nevski, Nina Berberova observa la cifra de tal desolación en "el palacio Strogonov, con una bandera roja que dominaba la entrada en ruinas." Ya en el exilio parisino, San Petersburgo —"un barco inmovilizado por el hielo en medio de una tempestad de nieve"— le sería devuelta por el curioso ejercicio mnemotécnico de un decorador de teatro, Dobujinski, que le recitaba todos los nombres de las tiendas de la perspectiva Nevski de principios de siglo: "Era una gran alegría para mí poder caminar

así con él, los dos lados de la Nevski de mi infancia, con mi guantecito apretado en su gran mano." Juegos que son comunes a todos los exilios pero que, cuando el regreso se vuelve definitivamente imposible, convierten la pura alegría de la evocación en la pesada responsabilidad de heredar la memoria a las futuras generaciones.

La muerte de Blok, el día en que Nina Berberova cumple sus veinte años, es la señal de una orfandad que supera la simple filiación poética de la joven generación de escritores. En el entierro del poeta, "un viento tibio soplaba desde el golfo y seguíamos caminando. Acaso nadie en esa muchedumbre pensaba que no sólo Blok había muerto, sino también esta ciudad que había ejercido una influencia tan peculiar sobre los seres y la historia de todo un pueblo. Una época se terminaba. Rusia se precipitaba hacia otros horizontes". Los cuatro lirios blancos que depositó en el féretro de Blok eran las flores que despedían al cadáver de San Petersburgo.

Nina Berberova empezaba a frecuentar la Casa de las Artes donde se reunía la Unión de poetas, presidida por Blok y luego por Gumiliov, que funcionó de diciembre de 1919 hasta fines de 1922. Era un palacio de antiguos mercaderes, en la esquina de la perspectiva Nevski y del canal Moika, donde se alojaban un buen número de poetas, escritores y pintores. Semejaban una corte de los milagros entre las molduras doradas de los interiores y los largos paños de terciopelo que enmarcaban las ventanas antes de acabar como cobertores, abrigos o, incluso, como suelas de zapatos. El día de su primera visita, en los salones de recepción del palacio, Nina Berberova probó el té de zanáhoría que ahora llenaba los samovares de las familias rusas y unos bocadillos grisáceos que los antiguos mayordomos de la familia Eliseiev servían en bandejas de plata. Extraños personajes recorrían el palacio, como el historiador de arte Tchovodovski que llevaba la mano vendada para evitar darla a desconocidos. Después de someter sus versos a un examen de entrada, Nina Berberova ingresó a la Unión de poetas, con la siguiente "bendición" de Gumiliov: "Yo hice a Ajmatova y a Mandelstam. Ahora lanzo a Ot-sup y si quiere, puedo hacer lo mismo con usted." El asedio, amoroso y poético, de Gumiliov se hubiese tornado realmente embarazoso para Nina Berberova si no hubiese terminado trágicamente con el fusilamiento del poeta de treinta y cinco años por el ejército revolucionario. Gumiliov se decía monarquista, se persignaba al pasar frente a una iglesia y, según las palabras de la autora, tenía un corazón de doce años. Llevaba todos esos agravantes sin disimulo y sostenía ante todos: "mantengo con la vida contemporánea relaciones de cortesía, pero existe, entre ella y yo, una barrera infranqueable."

En el año nuevo de 1922, Nina Berberova inicia su relación íntima con el poeta Jodassevitch que, aun cuando le llevaba catorce años, era de "sus tiempos", es decir, favorable al cambio deseado por la nueva generación. Ante la precipitación de los acontecimientos de la primavera y del verano de 1922 —la salida, entre otros, de Biely, de Remizov, de Gorki, a quien Lenin obligó a restablecer su salud en Europa, la expulsión masiva de la *inteligentsia* y el principio de las exterminaciones colectivas— Jodassevitch le propuso, no vivir juntos, sino "sobrevivir" juntos: "¿Qué significaba para nosotros *sobrevivir* en ese momento? ¿Era un problema físico o moral? ¿Podíamos acaso prever la muerte de Mandelstam, la de Klioviev, el suicidio de Esenin y el de Maïakovski,

la política literaria del partido que aniquilaría dos, y hasta tres generaciones de escritores, el silencio de Ajmatova que duraría veinte años, las persecuciones contra Pasternak, el fin de Gorki?" En ese momento, al menos para ellos dos, no se trataba de una muerte individual, sino de un fin colectivo y abstracto, de la intuición de la inminencia del desastre. La aniquilación de la *intelligentsia* no se dio de una manera directa y brutal. Después de un período corto de florecimiento, las víctimas empezaron a contarse por centenares: "...desde Trotski a Voronski, Pilniak, los formalistas y sus discípulos, hasta los futuristas y los jóvenes poetas salidos del proletariado y del campesinado, cuyas obras no cesaron de salir hasta el final de los años veinte y que sirvieron al nuevo régimen con convicción y sinceridad. Desde la Sociedad Filosófica y Religiosa de principios de siglo hasta la Asociación Panrusa de los escritores proletarios, todos fueron aniquilados, sin excepción. No se eliminaban a las personas en tanto que individuos, sino en tanto que miembros de un grupo, de un movimiento o de una 'clase'. La represión estaba *planificada* como la producción de bienes."

Jodassevitch y Nina Berberova salieron hacia Berlín, en 1922, con los pasaportes de emigración número dieciséis y diecisiete, el primero "por razones de salud" y la otra, "para proseguir sus estudios". Jodassevitch, más perspicaz que su joven esposa, llevaba en su maleta los ocho tomos de su Pushkin, que era su país y ya la única manera de habitarlo, de entonces hasta la muerte.

La pensión alemana Krampe se antoja un microcosmos simbólico de las distintas etapas de Rusia. Al estilo de Katherine Mansfield, desde la ventana, Nina Berberova observa a los exiliados confinados en la estrechez de sus cuartos: a Biely, por ejemplo, que lucha desesperadamente con el cajón de su buró, o a su otro vecino, Gorki, con quien la pareja se mudaría en septiembre de 1922, cerca de Frankfurt. "Gorki era alguien que no permitía que lo interrumpieran cuando hablaba. Quizá no considerara que sus opiniones eran infalibles pero no quería revisárselas y, probablemente, ya no podía hacerlo. Se mueve una esquina del edificio y todo el resto se desmorona; entonces, uno prefiere no tocar nada."

El testimonio de Nina Berberova sobre el exilio de Gorki —un testimonio de primera mano puesto que la pareja lo acompañaría hasta abril de 1925 por Alemania e Italia— corresponde al tenor de este retrato: una distancia crítica que revela las fisuras de un monumento de la literatura rusa pero que nunca deja de admirarse, a pesar de la magnitud de las divergencias finales, de la "divina energía eléctrica" del personaje. Nina Berberova está convencida de que Lenin no cesó de engañar a Gorki sobre el futuro que el nuevo régimen revolucionario reservaba a la literatura y a los artistas en general. La muerte de Lenin, en enero de 1924, reconcilió a Gorki con su amigo y principal persecutor: "Escribió sus recuerdos llorando y me hacía pensar en una vieja campesina rusa. Su capacidad de echarse a llorar por un sí o por un no, siempre fue para mí un enigma. Me parecía que en su visión determinista del mundo, no había lugar para las lágrimas." Pero la razón del regreso de Gorki a la URSS ha de buscarse en otro sentimiento que esta reconciliación póstuma: Gorki vivía en la angustia de ser olvidado por sus lectores rusos y es probable que esta angustia le hiciera conceder mucho ante la política de Stalin. "Siempre fue más importante para Gorki ser

escuchado y leído que decir lo que en verdad pensaba. En eso se parecía a la mayoría de los escritores de su tiempo. Para nuestra generación, la fuerza y la libertad de un poeta consistía más bien en decir lo que personalmente sentía y menos en pretender actuar sobre sus lectores", concluye Nina Berberova, no tanto para justificar el retorno de Gorki como para explicar las condiciones profundas de su abdicación final. En todo caso, afirma con casi total certeza que Stalin recompensó al escritor pródigo con su asenato.

El encuentro con Marina Tsvetaieva, durante una breve estancia de la pareja en Praga, en 1923, es una nota amarga y reiterativa en la larga experiencia del exilio. El espectáculo desgarrador de la locura en que vive la escritora rusa le revela a Nina Berberova una clave de su propia fortaleza interior: "Este sentimiento de inadaptación, lejos de ser la marca distintiva de una superioridad, como antes se pensaba, es más bien el signo de un fracaso psicológico y existencial de alguien que no logró madurar, ni integrarse a su tiempo y a la sociedad en la cual vive". Esta es otra amenaza que acecha a todo exilio; otra forma de aniquilación que lleva, sobre la directa, la ventaja de convertir a sus víctimas en sus propios verdugos. Las reservas hacia Pasternak, que también conoce en el Berlín de los veinte, son de otra índole: la oscuridad de sus escritos sería, para Nina Berberova, una manera deliberada de enmascarar lo que realmente pensaba en esos años, de evitar comprometerse, y que merece el calificativo, compartido con otros estilistas de la época, de "rococó soviético".

Con la instalación de la pareja en París en 1925, se inicia, para Nina Berberova, su primer cuarto de siglo en el exilio cuando justo cumple su primer cuarto de siglo de vida. El verano parisino se vuelve más sofocante cuando no se tiene dinero para sentarse en la terraza de un café: "Pasamos tardes y noches enteras deambulando; el aire refresca lentamente y la ciudad se apacigua. Se estira como un animal antes de poner una pata en la oreja y de entrecerrar su enorme ojo de fuego." Distraen su hambre con la visión de "un padrote con las mejillas rosadas y un clac" o de "una cometa de finos muslos", cuyos pasos por la calle de la Gaité seguirán resonando, como una pieza para violoncello, en los versos de Jodassevitch.

La emigración rusa se reparte entre varios polos: el ejército blanco— los oficiales y soldados de Denikin y de Wrangel— reza en la iglesia ortodoxa de la calle Daru y trabajan de meseros en los restaurantes rusos del barrio de l'Etoile o de obreros en la fábrica Renault de Billancourt: "...ganan su pan cotidiano con el sudor de su frente, hacen hijos, lloran su pasado y participan en los desfiles militares ante la tumba del soldado desconocido." Los aristócratas abren salones literarios en sus lujosos departamentos del xvi, frente al Bois de Boulogne, a unas cuadras de la laboriosa Billancourt. Ehrenburg, en los cafés de Montparnasse, es un polo de atracción de la izquierda oficialista, junto con el personal de la embajada soviética. Las purgas literarias que pretenden acabar con los simbolistas y los acmeístas, se extienden al extranjero: Jodassevitch se da cuenta que está en una lista de cien intelectuales anatémizados por el régimen que lo califica de "burgués decadente típico"; se prohíbe a los escritores que vienen de la URSS hablar con Jodassevitch. Nina Berberova recuerda: "No puedo dejar a Jodassevitch sólo más de una hora: podría tirarse por la ventana o abrir la llave del gas".

Y sin embargo, un semblante de cotidianidad recubre la vida entre las cuatro paredes de su minúsculo departamento en un barrio sureño de la capital. Nina Berberova borda para ganar un poco de dinero, Jodassevitch escribe de noche mientras su mujer duerme con el pijama apretado contra su pecho para calentarlo antes del alba. "Durante años fuimos dos —recapitula la escritora—; hoy, como en mi infancia, me duermo y despierto sola."

Los veintes franceses se caracterizaron por una gran confusión en materia literaria: predominaba el gusto por lo nuevo a toda costa, y, en materia política, por una indiferencia no menos radical ante las advertencias de los emigrados rusos sobre la situación real de su país y la represión que sufría el conjunto de la *intelligentsia*. Romain Rolland orquestaba las publicaciones donde se afirmaba que los escritores rusos vivían mejor que en el resto del mundo. Los demás intelectuales coreaban sus réplicas a Balmont y a Bunin, con una desesperante monotonía. Si Nina Berberova hace un sereno retrato de la indiferencia general, no escatima sus recriminaciones hacia Louis Aragon que, incluso después del XX congreso, "osó publicar su monumental *Historia de la URSS*, basándose principalmente en los archivos del período stalinista."

La riqueza de las páginas de Nina Berberova sobre el exilio ruso en París, además de su minuciosa información, reside en el amplio abanico social de sus amistades. Nunca se negó a franquear una puerta porque ésta se abría al lujoso salón de los Merejkovski, a la rasposa miseria de los Zaitsev o a la conversación procaz de Bunin. Con todos y cada uno sació su principal preocupación de entonces, más apremiante que el deseo de escribir: aprender a pensar, conocer la vida y a los demás, recuperar el pasado de su país. "Siempre soñé con llegar a la madurez antes de morir."

Revive asimismo la existencia efímera o prolongada de toda la prensa rusa en el exilio. Entre todas las revistas, destacan los setenta tomos de *Annales contemporaines*, "un verdadero monumento literario", con un tiraje de mil ejemplares, de los cuales sólo diez o quince entraban clandestinamente a la URSS. En ella Nabokov publicó, en 1929, los primeros capítulos de *La defensa Luzkin* que Nina Berberova leyó y releyó antes de proclamar: "Un gran escritor ruso, tal el fénix, había nacido del fuego y de las cenizas de la revolución y del exilio. Nuestra existencia ya cobraba sentido. Toda mi generación salió como justificada." Sin embargo, entre la nueva generación (Ladinski, Prismanova, Knout, Smolenski, Zlobin, Poplavski, Berberova), la voz de Nina Berberova se levantó solitaria; los demás, sospecha ella, se mostraron indiferentes a Nabokov, sobre todo por envidia. A pesar de las reservas acerca de la personalidad de Nabokov con quien Berberova solía sentarse a conversar en un café cerca del metro Arts et Métiers, nunca dudó de la importancia primordial de su obra: es el único escritor ruso, exiliado o no, que pertenece a la vez a Rusia y al mundo occidental en su conjunto. Según Berberova, Nabokov creó no solamente una nueva manera de escribir, sino también, una nueva manera de leer. "Creó a un lector: nos enseñó a identificarnos, ya no con los héroes, sino con el autor, cualquiera que sea su disfraz o su máscara." La amistad parisina, que se reanuda en los Estados Unidos, termina con la última visita de Nina Berberova, hacia 1940, al gran departamento vacío de Passy, donde sobrevivía Nabokov con su hijo de seis años. Su pasaporte en el París mundano

era un esmoquin que Rachmaninov le había regalado antes de partir a América.

La carrera literaria de Nina Berberova debutó con las crónicas de Billancourt, que publicaba en *Dernières Nouvelles*: el tumulto de los obreros a la salida de Renault, la tienda de abarrotes de los judíos Pychman, el cabaret ruso de segunda de la calle Traversière, la sociedad de la viejas institutrices francesas que habían regresado a Francia después de la revolución y que presidía *mademoiselle Fourreau*, el entierro de un filósofo ruso que acompañan los perros distraídos de la ciudad proletaria. Las familias rusas de Billancourt cabían casi todas en este esquema: "Papá trabajaba en Renault o era chofer de taxi o bien mesero en el cabaret *Les cloches de Moscou*, cerca de los Campos Elíseos. Mamá bordaba o era costurera. La hermana mayor era maniqué de Chanel, el hermano despachaba en la tienda de abarrotes Pychman."

En abril de 1932, se resuelve para Nina Berberova una crisis que venía urdiéndose desde tiempo atrás. Se separa de Jodassevitch y de la atmósfera moribunda que lo asfixia, para reencauzar su río en el lecho de la vida y evitar así dejarlo por alguien más. Lo abandona todo para instalarse con su maleta de ropa, unos cuantos libros y una caja de documentos, en el Hotel des Ministères, frente a los árboles del bulevar Latour-Maubourg. La soledad le inyecta una felicidad inmensa: "Todo me pertenecía, pero yo no pertenecía a nadie."

Fue en esa época de soledad y de intensas lecturas cuando comprendió que la forma literaria que mejor le convenía era la "nouvelle" o, como se han venido llamando desde su publicación a finales de los ochenta por la editorial *Actes Sud*, sus "petits romans". El término es, por supuesto, ligero para calificar estas obras maestras en formato menor que han esperado casi medio siglo antes de ser revelados al mundo entero. Parece que se ha cumplido anticipadamente la esperanza que sostuvo a Nina Berberova a lo largo de su itinerante vida: "Mi única esperanza es que podamos regresar a Rusia, después de muertos, gracias a nuestras obras." Regresó a su país natal, en 1984, a través de la publicación en ruso de sus *Poesías* (1922-1983) y finalmente, en los últimos años, a través de su soberbia creación novelística y de sus apasionantes biografías (Blok, Tchaikovski, Borodin, la baronesa Boudberg).

"Las desgracias de mi siglo me sirvieron: la revolución me liberó, el exilio me forjó, la guerra me arrojó a otro mundo", recapitula Nina Berberova, sentada en su mesa de trabajo, frente al ventanal que enmarca el verdor y el silencio del campus de New Haven. Pero antes de llegar a este puerto de paz y de bienestar productivo, varios episodios cruentos ensombrecieron los años finales de su exilio francés. El primero fue la muerte difícil y dolorosa de Jodassevitch, a quien Nina Berberova acompañó hasta su tumba, en junio de 1939, aun cuando ambos habían vuelto a casarse. El segundo fue la guerra que Nina Berberova vivió en el precario refugio de Longchêne, una casa en el campo que su segundo marido había comprado en 1938. Las notas tomadas en un cuaderno negro durante ese período, reviven escuetamente el miedo, los horrores y las breves alegrías de la guerra. Septiembre de 1939: "Me quedé tendida en la hierba, en el fondo del jardín, una hora, dos horas. Era el primer día de la guerra... La hierba creció alrededor de mis venas, las flores se abrieron entre mis dedos y mis pies, la enredadera se enrolló alrededor de mi cuello como para estrangularme. Luego, ya no me acuerdo

de nada." A partir de junio de 1940, el éxodo, los bombardeos de Billancourt y esta curiosa visión de Hitler en un noticiero alemán proyectado en un cine parisino: "Se ve a Hitler llegando al Trocadero y contemplando desde allí la torre Eiffel. De repente, tiene un gesto de tal vulgaridad que uno no puede creer que alguien pueda comportarse así en semejantes circunstancias. De júbilo, se da a sí mismo una nalgada, al mismo tiempo que da una vuelta en uno de sus tacones." Pero, su mejor testimonio, lo deja en una obra tan magistral como breve: *La resurrección de Mozart*, donde su heroína, al convocar la presencia del músico en medio del horror de la guerra, resume así la condena de la imaginación humana: "¿Por qué el horror, la crueldad, la desgracia se materializan tan fácilmente, se encarnan en una imagen concreta que no deja de oprimir el alma, y por qué lo sublime, la ternura, el asombro y el encanto afloran al corazón y al espíritu como una sombra, sin que uno pueda atraparlos, mirarlos o palparlos?" Cuando Nina Berberova leyó *La resurrección de Mozart*, en marzo de 1941, ante unas cien personas reunidas en una sala de concierto de París, muchas no pudieron contener las lágrimas al escuchar la sutil y apretada urdidumbre de luz y de sombra.

El saldo de la guerra es, para Nina Berberova, una pérdida en todas las líneas de su vida: un conflicto inútil le hace perder a su marido, su casa, su momentánea felicidad; la emigración rusa ha desaparecido: unos en los campos de concentración nazis, otros en los campos de batalla con el uniforme alemán combatiendo a los soviets, otros más bajo las bombas que varias veces cayeron sobre Billancourt como una lluvia infernal, sin contar los que regresaron a la URSS para alcanzar su muerte, como Bunin, o enterrarse en el silencio, como Ajmatova. Una vez más, en el verano de 1947, Nina Berberova está sola y sin dinero. Vive por unos meses en un departamento prestado, cuyo techo es un boquetón abierto al cielo de París. "Vivía sola, sin cenas, ni fiestas ni domingos, ni días hábiles y casi sin libros. Los demás habían sido liberados, habían vuelto y revivían; para mí, no había *regreso*". Y como no había regreso posible a ninguna parte, Nina Berberova

decidió que partiría a América: "Dejaba para siempre esos lugares donde aprendí a buscar menos la felicidad que el fervor, menos la alegría y la prosperidad que una vida más intensa y más llena. Entraba a un mundo nuevo, desconocido, pero no tenía miedo."

A los cincuenta años, desembarca en Nueva York sin saber inglés, sin visa de emigración, con dos maletas y setenta y cinco dólares en la cartera. En sus primeros siete años en el nuevo continente, tiene siete profesiones distintas y excéntricas hasta que, en 1958, empieza a enseñar la literatura rusa del siglo XX en la Universidad de Yale. Se reencuentra con Nabokov, con Jakobson y traba una entrañable amistad con Alexandra Tolstoi, la hija menor del novelista. Una vez más, su temple de río le permite adaptarse a su nuevo entorno y a otra manera de ser. Sin embargo, un sueño la persigue por las noches: está en el metro de Leningrado y no puede encontrar la salida para subir a la ciudad; se siente condenada a viajar eternamente en el laberinto subterráneo de la antigua San Petersburgo.

Entre 1960 y 1966, redacta sus memorias con lápices afilados, en los distintos escenarios de New Haven, Colorado, Yaddo, Taormina, Venecia y Princeton. Se gana una celebridad mundial con la publicación de su obra completa, así como la admiración y el afecto vicario de sus compatriotas que la recibieron, hace dos años, como a una antigua amiga que descubrían y recobraban a un mismo tiempo. Debe vivir aún, en su casa de Filadelfia, porque ningún periódico ha registrado la noticia de su muerte. Y se le antoja creer que el río de su vida se ha detenido en un lago de aguas apacibles y límpidas, como algún día apareció la Neva en el sueño de Pedro el Grande.

Si en su juventud pensó con ánimo común que "llegaría a ser alguien", concluye el largo repaso de su vida con esta certeza: "No me he vuelto alguien, no hice sino *ser*". Y, finalmente, añade: "Ahora debo vivir frente a lo desconocido, habiendo agotado las múltiples facetas de la existencia. Me preparo así a enfrentar la última experiencia que me queda por descubrir y a la cual consentí desde hace tiempo. No me da miedo porque es inevitable." □

